

ABUELA NOS ESPERA Y OTROS CUENTOS DE TERROR

Franco Vaccarini

ILUSTRACIONES DE **Andy Mermet**



ABUELA NOS ESPERA Y OTROS CUENTOS DE TERROR

Franco Vaccarini

ILUSTRACIONES DE **Andy Mermet**

ABUELA NOS ESPERA

Me gustaría que este año no se terminara nunca, porque no tengo ganas de festejar el Año Nuevo; desde que volvió la abuela Bernardina ya no tengo ganas de festejar... ¡y con lo que a mí me gustan las fiestas! Yo no soy como papá. A papá nunca le gustó la fiesta de Año Nuevo, pero eso se entiende: papá es muy poco sociable. Según Joaquín, es un cavernícola, y según yo, Joaquín es un animal por decir que papá es un cavernícola, pero él no tiene culpa ni remordimiento ni nada: no sé cómo hace Joaquín para vivir sin culpa. A mí todo me da culpa. Si mamá sufre me parece que es culpa mía, si papá está serio me parece que es culpa mía. Mi hermana Mariel dictaminó:

—No sos culpable, sos culposo, que es algo distinto.

—¿Y cuál es la diferencia? —pregunté. Mariel es la única de mis cuatro hermanas que me da bolilla con estas cosas.

—Y... un culpable puede ir preso. Por algún delito. O por ahí no es para tanto, se puede ser culpable de cosas

que lastiman los sentimientos de alguien, y por eso nadie va preso. ¡Aunque algunos deberían!

Mariel decía eso porque Rolando, su exnovio, la había dejado. Y sospechaba que la causa era otra chica.

—Un culposo, en cambio —continuó—, es una persona que vive creyendo que hace cosas malas, pero en realidad no. Es puro enredo mental. Como vos.

Joaquín no es como yo, no tiene ni una pizca de culposo. Desde que se enteró en la escuela de que hay una teoría de la evolución y supo de Darwin, del darwinismo, del mono que se para en dos patas y se transforma en *Homo sapiens* después de un larguísimo proceso intermedio, decidió crear su propia teoría: la teoría de la involución.

—Miralo a papá, cada vez está más jorobado, cada vez tiene más pelos en las orejas, cada vez está más gruñón. En cualquier momento se mete en un bosque con un palo y no sale más.

Y si uno le pone algún pero, él asegura:

—Te digo que va para atrás. Involuciona.

Si algo me asombra de mi hermano es esa contundencia. Yo doy vueltas para todo, pero él es contundente. ¿Cómo va a decir eso de papá? Aunque lo entiendo, porque lo dijo en un momento de enojo,



después de que la vio llorar a mamá, en diciembre. Desde que tenemos memoria, mamá llora en diciembre por culpa de papá; porque papá no quiere pasar la fiesta de fin de año en la casa de la abuela Bernardina, en Luján. Desde Buenos Aires, en auto y por autopista, llegamos en menos de una hora, pero papá es de poco salir y mamá no, mamá es paseandera por naturaleza. Joaquín y yo estamos a favor de mamá, claro, si la fiesta de Año Nuevo es genial. Nos juntamos todos los primos en la casa de la abuela, como antes, como siempre, como si la abuela estuviera viva. Porque en la casa de la abuela no vive nadie, aunque mamá y los tíos están de acuerdo en mantenerla bien pintada y linda aunque no viva nadie. Tampoco la quieren vender. Y entre todos los hermanos de mamá, que son como mil, se pusieron de acuerdo para mantener la tradición de pasar la fiesta de fin de año en la casa de la abuela, aunque la abuela no esté.

El problema es que mamá no sabe manejar o no quiere manejar y papá sabe manejar, pero no quiere viajar. En años anteriores fuimos en colectivo y papá se quedaba solo en Buenos Aires; otras veces vino a buscarnos un hermano de mamá en su auto. Y otros años fuimos con papá, pero había que aguantar sus quejas: que el tráfico, que el peaje, que el radiador



pierde agua y que a él no le gusta dormir en otra cama que no sea su cama. Porque nunca viajamos de noche; en mi familia nadie viaja de noche, es una ley.

—De noche las rutas están llenas de borrachos —dice papá.

Según mis cuatro hermanas mayores (es mucho tener cuatro hermanas mayores, demasiado) hay una antigua leyenda que habla de una mala relación entre papá y la abuela Bernardina. Mis hermanas tienen entre dieciséis y veintidós años; Joaquín es un año y medio mayor que yo, que tengo trece. La edad maldita. La edad del pavo, me dice Mariel, desde sus rulos rubios, la más charlatana de mis hermanas, pero también la que me cuenta más cosas.

—¿Es cierto que papá y la abuela estaban peleados?

—No, no, pará Benjamín... peleados, peleados no...

Lo que pasa es que la abuela venía de una familia con campos, con plata, eran conservadores, y papá era de una familia humilde, viste. Esas cosas de antes. O de ahora. O de antes y de ahora. El tema es que papá era relindo, alto, pintón, pero no tenía un peso. Y la abuela le hizo un desprecio más de una vez. Por eso papá consiguió un empleo en Buenos Aires, para no ver a la suegra.

—¿Por qué? ¿A la abuela solo le interesaba la plata?

—La verdad es que no sé si a la abuela le gustaba la plata o le gustaba despreciar. También le gustaba que todos le pidieran permiso hasta para respirar. Una vez, en su casa, le usé el teléfono y al otro día le puso una traba para que nadie pudiera marcar los números. Así era la abuela.

—¿Y mamá qué hacía?

—¿No ves cómo es mamá? A ella no le vayan con peleas. Para mamá, su mamá es su mamá; y no se la critiques, porque te pone cara de llanto inminente.

Y mamá no es conservadora, es conversadora. ¡Cómo conversa mamá! En el almacén, en la casa, en la escuela. Pero no es de conversar exaltado, es de un conversar tranquilo, para que la charla dure mucho. Estira las palabras como si fueran la masa de la torta de los ochenta golpes, que es la torta más rica de todas.

Nunca salimos de vacaciones porque papá detesta viajar en colectivo, en auto, en tren. De avión, ni hablar. De barco, ni soñarlo. Ni el aire ni el agua son su elemento, y dado lo poco que hemos viajado, ni siquiera la tierra.

—A mí me gusta viajar, pero solo si a la noche puedo dormir en mi cama —sentenció una vez. Y muchas veces.

Y la culpa que me daba verlo quedarse, solo y serio, mientras nos vestíamos con ropa linda y nueva para el viaje a Luján. Ese quedarse solo de papá en una fecha tan importante para mí era el colmo del sacrificio, un sacrificio que hacía a no sé quién; y a mí, no sé al resto de mis hermanos, pero a mí, que soy el más chico, me daba culpa. Estar yo tan contento y él tan solo. Yo tan charlatán por la fiesta de Año Nuevo, y él tan ensimismado por la fiesta de Año Nuevo.

Así es que para papá viajar se reduce a llegar hasta el Tigre y volverse en el día, y esto como si fuera un sacrificio atroz. Bueno, uno no elige a los padres ni los padres eligen sus fobias.

—Papá es fóbico —me dijo Mariel un día.

Después supe que hay fobias para todos los gustos, y gracias a los buscadores de Internet me enteré de que papá tiene muchas fobias juntas. Tiene acustifobia, que es la aversión por los sonidos. Siempre nos pide que no gremos tanto. Solo tiene seis hijos... ¿cuánto podemos gritar? Tiene aerofobia, porque no le gusta viajar en avión. Tiene cinofobia, que es repulsión a los perros, y él nunca quiso tener un perro (decía que con seis hijos ya era suficiente). Eso debe tener que ver con la acustifobia también; las fobias se interrelacionan.